



La Agricultura que modela el paisaje

De nada sirve, ni siquiera de excusa, que los males que hoy padecemos en el campo ya se denunciaran hace siglos por sabios de culturas ya desaparecidas, pero que fueron la base de la actual. No por sabidos ni repetidos nos hacen menos daño la contaminación, la erosión, la pérdida de biodiversidad, los incendios..., y el abandono del mundo rural. Más que nunca es necesaria una Utopía: empezar de nuevo. Empezar por nuestra segunda piel, por ese paisaje que modela nuestro carácter y alimenta nuestro espíritu a través de la mirada

El lamento se ha vulgarizado. Todos, literalmente, conocemos los rasgos principales del preocupante diagnóstico sobre la salud del planeta, sobre el estado del bienestar y sobre las sociedades no industrializadas.

Pero la queja, con no haber tenido nunca los parámetros actuales, en nada resulta novedosa. Rastreamos desde los albores mismos de todas las civilizaciones y cuerpos de pensamiento. Como ahora se trata de enfocar lo que compete a la agricultura, no estará de más recordar que los primeros tratadistas ya percibieron y denunciaron las rupturas que las malas prácticas agrarias ocasionaron no ya en lo natural, por obvio y hasta necesario, sino, ante todo, en las posibilidades de la propia actividad cultivadora y apacentadora. Ahí aparece Teofrasto, discípulo de Aristóteles y primer ecólogo, que lamenta la erosión, la desecación y entiende la íntima relación entre clima, suelo y distribución de las especies vegetales. Plinio considera a muchos campesinos de su época como traidores que envenenan a quien todo lo da, es decir, La Tierra. Lo escrito por Colmuela (I d.C.), incluso, es suficiente para recuperar el sentido de la correcta agricultura, sus diez libros sirven en lo básico de tratado de la Agricultura Ecológica. Cuando ya se

derrumbó el Imperio Romano, Paladio, poco más que un copista del anterior, nos da toda una pauta de estrategia de conservación de la diversidad al demandar para una correcta gestión de los predios a cultivar: buen aire –hoy clima–; buenas aguas –hoy transparencia y depuración–; tierras bien alimentadas –hoy fertilización orgánica– y, por supuesto, buenas labores con menor gasto de energía y sin abonos químicos, ni biocidas.

Una correcta estrategia para la conservación de los paisajes será un instrumento sensato, con sentido de la anticipación, y hasta plausible, si va ligada a la actividad del sector primario. Pero, además, debemos contemplar la multiplicidad de las formas vivas como un patrimonio común, como la memoria de la propia biosfera y como el conjunto de respuestas creativas e imaginativas de la propia Naturaleza. El paisaje es, ante todo, su piel viva.

Por el contrario, nuestro modelo actual defiende que sólo existe una receta, el aumento continuado de riqueza, cuando la diversidad es así mismo la característica no sólo de la Naturaleza sino también de nuestra humana condición. Es más, hay otros modelos, que no están lejos, ni resultan nuevos, aunque lo parezcan por su condición de minoritarios. Incluso pueden ser enumerados por miles, y por decenas de miles, si incluimos los que desa-



Texto: Joaquín Araujo

Foto: Luis Otermin

parecieron, extinguidos en su desigual contienda con las culturas dominantes de cada época. Cuando probablemente nada resulta más triste que no haber tenido la oportunidad de reflexionar sobre la enorme cultura de los oficialmente incultos. Pero, por suerte, nos queda suficiente información para recordarles algunos de esos "raros otros" que, antes o todavía hoy, se aproximaron a lo que menos pesa y ocupa, pues sólo tiene como residencia un nombre: UTOPIA. Nada más hermosamente humano que el deseo de volver a empezar. Y, seguramente, nada tan oportuno, ahora, como intentarlo. Sólo que conviene aprovechar lo que la ciencia y las culturas solidarias nos proponen para esa tarea de reconstruir lo vivo por un lado y lo digno por otro.

Porque aquí mismo tenemos una cultura y un sector crucial de la sociedad tan amenazado y herido como cualquiera que queramos elegir. Me estoy refiriendo, claro, al mundo rural. Causa y efecto de algunos de los peores menoscabos ambientales y sociales de este tiempo. Pero con el anticuerpo, como es lógico, dentro de sí mismo.

Buena parte de los procesos de desertificación, de la contaminación de suelos y aguas, de la pérdida de diversidad natural y cultural, de la destrucción del paisaje así como de esto tan evidente de los incendios forestales, tiene como principal causa el derrumbe del íntimo sentido de las prácticas agrícolas, ganaderas y de la silvicultura. Los efectos son catastróficos en varios de esos frentes. Al mismo tiempo, todas esas enfermedades podrían retroceder seriamente y hasta desaparecer con la generalización de una correcta actividad en el sector primario: es lo que llamamos Agricultura Ecológica.

Confundidos por el apremio del siglo que nos acoge, los agricultores dejaron de cosechar para convertirse en cosecha, pero de la industria que no puede tener leyes más lejanas a las que rigen en los medios naturales. Prisa y rendimiento crecientes y tecnología dura ocuparon todos los horizontes. La química que tanto ha simplificado y, por supuesto, también ayudado, se revela como un gravísimo deterioro de los suelos vivos y de la práctica totalidad de los acuíferos. A la aniquilación de las comunidades zoológicas de los predios agrarios pronto se sumó una drástica disminución de las especies animales y plantas domésticas. La maquinaria pesada, al mismo tiempo, demandó campos más grandes con lo que muchos paisajes fueron despojados de sus mejores adornos: los árboles, los setos, los sotos y las tapias.

Aunque mucho más preocupante resulta la lenta desaparición de costumbres, saberes, tradiciones, hospitalidad, artesanías, y formas de usar sin abuso el entorno natural, es decir, de culturas: ya que de forma acelerada están condenadas a la extinción y centenares ya han desaparecido. Pero, sobre todo, me preocupa la desaparición de la belleza, de esa armonía que se posaba sobre los campos cultivados, y que únicamente recuperaremos de la mano de la Agricultura que considere también como competencia propia lo estético. ■

Sobre los autores

Joaquín Araujo acaba de publicar dos libros: el poemario *Agua* (Tilosofía Ekimbe Etxart) y *La Ecología contada con sencillez* (Ed. Maeva). Luis Otermin ha editado el libro *Begun* (Ed. Irufi), con una selección de sus fotografías en gran formato de esta parte de la Navarra atlántica.